

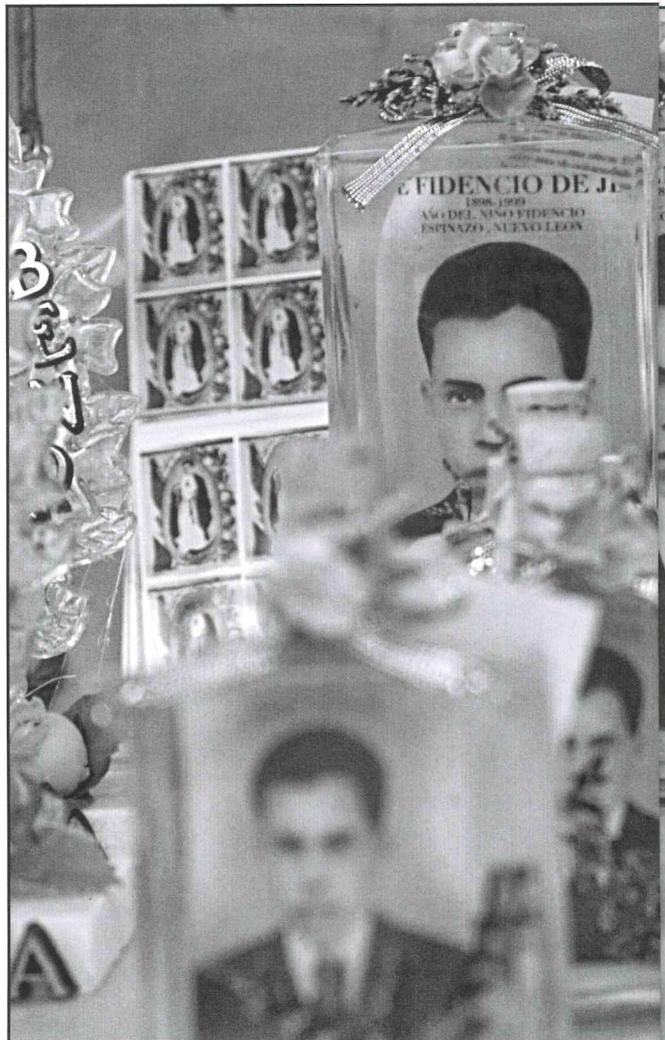
# De inexplicable

\* Elizabeth Romero Betancourt

Los peregrinos han llegado después de un largo trayecto; en pisando el territorio del culto se arrodillan, luego se extienden en el suelo y comienzan a rodar. Humildes de condición, los más vestidos de blanco, inician una imposición de polvo. Van precedidos por banderas y estandartes que los identifican y siguen rodando con los brazos extendidos sobre la cabeza, con el crucifijo en la mano, con los ojos cerrados, con el *rictus* de dolor. Vienen a Espinazo a pagar una manda al Niño Fidencio, a ofrecer lo único disponible: penas, congojas, sufrimiento y la misma humildad. Si la condena es "polvo eres y en polvo te convertirás", éste parece el ritual que eleva la completa aceptación del curso de la existencia siendo nada para terminar en la nada.

"Pienso que vale la pena hacer el registro. Es algo que conmueve: la fe llevada a los extremos de una manera admirable y dolorosa", afirma Pedro Valtierra (1955), quien en los últimos tres años ha acudido en los meses de marzo y octubre al municipio de Mina en el estado de Nuevo León, enclave de la Iglesia Fidencista Cristiana, para obtener los cientos de imágenes que integran su ensayo fotográfico. Una primera selección fue exhibida en el XIII Junio. Mes de la fotografía en Xalapa, Veracruz bajo el título *Espinazo, las fiestas del Niño Fidencio*, exposición que ha itinerado a otras ciudades. El autor, fotorreportero con más de 30 años de experiencia, habituado a presenciar toda clase de imágenes, no pierde la capacidad de asombro: "No te explicas la fe. Te sorprende. La entiendes, sabes que la gente necesita mitigar sus penas haciendo lo que hacen y más. Yo quiero rescatar algo de esto. Tratar de retratar el dolor".

José Fidencio Constantino Síntora (1898-1938), cobró fama en los años 20 y 30 del siglo pasado. Nacido en el estado de Guanajuato, desde pequeño había mostrado dones de adivinación y videncia; llega a la Hacienda Loma Sola en Espinazo para ocuparse como cocinero, pastor y eventual-



Comercio con Fidencio en las puertas de Espinazo.

mente, como partero y curandero. Conocido como Niño Fidencio debido a que no desarrolló caracteres sexuales secundarios y se mantuvo inocente, poco a poco sus dotes para curar fueron difundidas en las cercanías por los enfermos de cuerpo y alma que acudían por una medicina consistente en infusiones de gobernadora y hojase, rezos, imposición

\*Elizabeth Romero Betancourt es escritora y artista visual; Premio Nacional de Periodismo Cultural "Fernando Benítez", 1997 y Premio Nacional de Periodismo "José Pagés Llergo", 2004.

de manos, inmersiones en un charco e incluso, ciguías practicadas con trozos de vidrio. Es gracias a una fotografía que su fama se extiende; Teodoro Von Wernich, el dueño de la hacienda y espiritista practicante, consulta a Fidencio, quien le cura de una dolencia, en agradecimiento, lo hace retratar vestido de traje con camisa blanca; reproducida

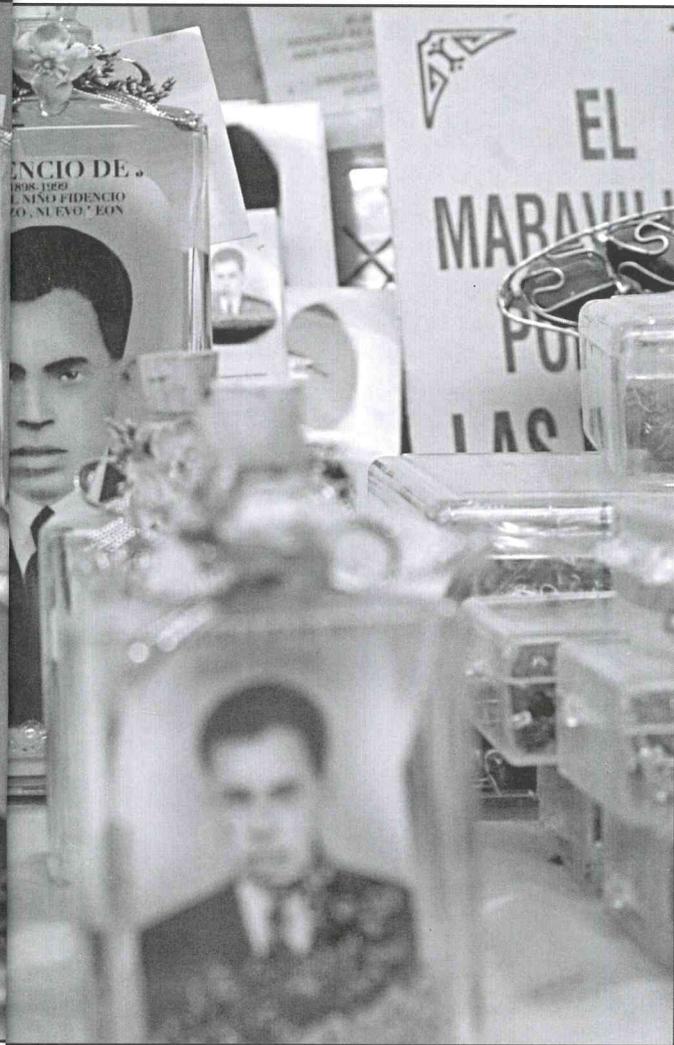


Foto: Pedro Valtierra/cuartoscuro.com

como postal, esta fotografía viajará en tren difundiendo tanto la efigie como los relatos sobre los milagros de quien en su tiempo fue venerado como un santo (se cuenta que el agua en que se bañaba era recogida y se usaba para bendecir e incluso se ingería). En 1928, el presidente Plutarco Elías Calles acude al Niño para tratarse de la lepra que

padecía. Para entonces, el otrora pequeño poblado llega a contar 15 mil habitantes y será conocido como la Meca de los dolientes, Laboratorio de voluntades o Teatro de las hazañas, merced a la intensa actividad del Niño y sus asistentes, llamados Cajitas, así como de las Esclavas de Fidencio, especie de enfermeras y afanadoras; vestido como Nazareno, sin cobrar por sus servicios y trabajando jornadas de hasta 48 horas, el Niño afirma que es necesario el sufrimiento, sostiene una y otra vez que él es sólo un intermediario de los poderes divinos que todo lo sanan. Médicos, periodistas y fotógrafos de la época acuden a testificar o a salir de la duda, porque dicen que cura el susto, que opera de la vejiga, que hace caminar al paralítico. Las postales de Martínez y otros lo muestran en el momento de la "extracción de tumor canceroso de la rodilla de una señora", al pie del arbolito sagrado, rodeado de sus seguidores ornado él con la cola del pavorreal que tenía como mascota; otras tomas muestran la estación Espinazo como lugar de peregrinaje o a muchedumbres que congregadas en el columpio donde cura a los locos. El 19 de octubre de 1938, Fidencio muere de cansancio, en su corazón hallaron impresa una imagen de la virgen de Guadalupe, en su paladar una cruz.

Casi 70 años después, la fe en Fidencio sigue intacta y el lugar, el culto y sus rituales son objeto de la mirada. No es éste el lugar para emprender una nómina de los fotógrafos de México y el mundo que han tratado el asunto, valga sólo mencionar que en las últimas décadas el interés -no exclusivo de fotógrafos, sino de cineastas, escritores, antropólogos y otros especialistas- ha ido en aumento, con lo que cada vez más se cuenta con trabajos producto de la seriedad y la disciplina; en años recientes han sido exhibidas o publicadas imágenes de Patricia Méndez, Lorenzo Armendáriz y Raúl Ortega, por mencionar sólo algunos.

Valtierra nos ubica con la panorámica tomada desde el Cerro de las Campanas, una estampa inusual del paisaje semidesértico del Noreste (porque aquí hay vegetación quizá debida a una temprana lluvia de marzo), el Madero parece dar la bienvenida a quienes se aproximen por el camino bien trazado que se mira allá abajo, tierra ancha sin poblaciones a la vista. Al Cerro ascienden la gente y las ofrendas, la caja de frutas que más se apetece cuanta más luz la baña. Ahí oficia la Cajita ataviada con su manto, eleva su mano como tomando del

cielo la inspiración que refleja su rostro. En otra zona, el arribo de la anciana que porta el cromo de Fidencio (una especie de fotocopia de la fotocopia de la postal del retrato original) se engalana con el papel picado que pende en la calle. Esta misma imagen da origen a la hermoseedada que aparece en las etiquetas de los frascos que se expenden de todos tamaños en los puestos que surten la parafernalia necesaria. Un chiquillo, con el acordeón a escala, custodia el tendido de camisetas del Niño, ahora guadalupano, por el préstamo de mandorla, resplandor y rosas que esta alegoría le permite. La misma camiseta que porta la señora que viene de la fila de autos y camión estacionados. Los peregrinos vienen de Tamaulipas, Nuevo León, Coahuila, Chihuahua, Durango, llegan también de Texas, traen consigo el rosario y alguna ofrenda: ex votos confeccionados con una fotografía y la letra manuscrita que cuenta el milagro de una curación, cabello trenzado, el zapatito del bebé, alguna prenda de ropa o la corona de reina o el ramo de novia, que todo sirve para agradecer. Sin mayor trámite son atendidos por una Cajita o Materia, que todos reciben el espíritu de Fidencio y por su intervención curan con lecturas y plegarias, con una limpia con ramos de pirul y otras hierbas, con una friega de alcohol y loción preparada y la fe puesta en sanar; ahí mismo todos presencian el acto, y el acordeón y el bajo sexto interpretan las mismas tonadas con las que el Niño curaba.

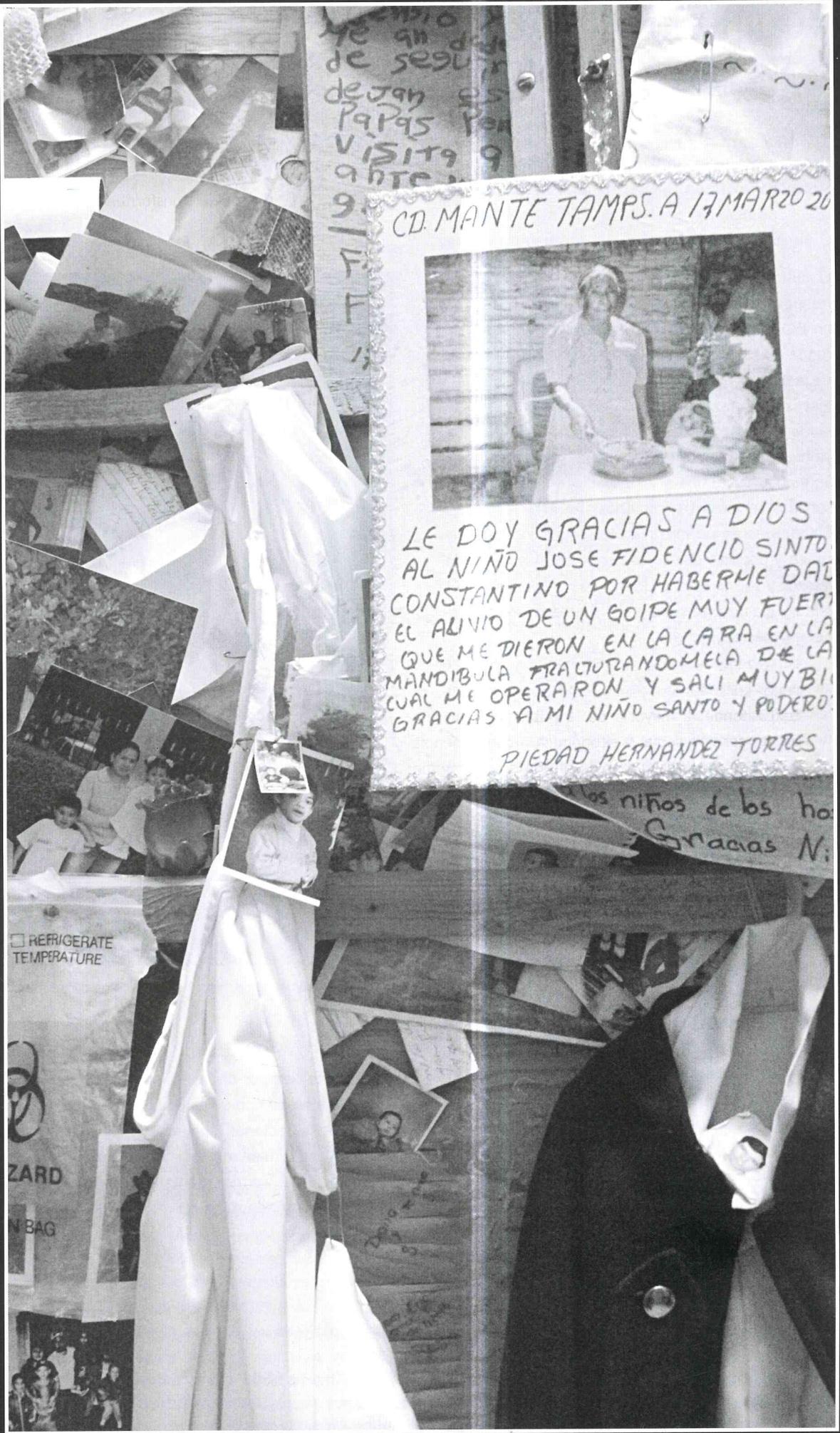
El fotógrafo bien atiende al carácter colectivo de este culto y no se sustrae al registro de grupos de personas en las distintas etapas del ritual. Los que rodean el pirul sagrado se concentran en la oración, todos visten el manto de Nazareno y tomados de la mano cercan la valla que protege al árbol bajo, cuya sombra meditaba el Niño. Formadas en fila, las mujeres se aproximan a la tumba de Fidencio, ubicada dentro de la casa que habitó, la loza está cubierta de flores frescas -el único lujo ostentado: rosas en el desierto- y una imagen de bulto a la que los feligreses tocan; esta breve estancia que signifi-

ca la culminación del viaje y la dicha de estar en la presencia del venerado, provoca estados de llanto y desvanecimientos. Las imágenes más impactantes se suceden en el Charquito a donde concurren las Materias y los enfermos para la inmersión curativa. En la secuencia, la mujer sostenida de ambos brazos por quienes la asisten, entra de espaldas en el lodo y emerge salpicante transformada en figura de barro. En otra, entran al charco siete mujeres de distintas edades vestidas de blanco y elevan su mirada como pidiendo permiso al espíritu, sólo una de ellas se sumergirá, las otras la rodean creando un círculo de sanación por obra del acompañamiento. Y entran también los varones de barrigas prominentes, y el niño acompañado de su madre y la anciana que flota en un gesto de absoluta entrega y confianza toda; y al charco negruzco llegan también los recién casados, qué manda o qué petición harán estos jóvenes para entregar su atuendo de novios -el albísimo vestido, la camisa nueva- al agua lodosa en la que otros cientos han bañado sus miserias. Porque este ansiado lodo medica al afectado de angustia y al aquejado de reumas, porque esta mezcla de tierra y agua es esperanza para los que no alcanzan a llegar y lo reciben en envases de plástico que algún niño acomedido llena a cambio de unas monedas. Al inclemente sol, el lodo se seca; impuesto en el rostro, en la espalda, en el cuerpo todo, otorga identidad de iniciado a quien lo exhibe; ataviados de lodo y polvo, los creyentes se enuncian como los más humildes, no sólo por saberse marginados y desposeídos, sino porque han aceptado también humillarse (en latín *humus* es tierra), bajar a nivel de suelo, rodar, embarrarse, sumergirse, hacerse uno con la tierra. Las imágenes estrujan, despiertan compasión. Lo que estos creyentes saben ahora es que quizá la gran cura radica en aceptar que la condición humana es común y que la materia es finita; cada camino de padecimiento y dolor culmina en el abrazo de la tierra.

En San Pedro Garza García, N. L., julio de 2007. Año de El chino.



Arrastrándose rumbo a la tumba y al charquito. Foto: Pedro Valtierra/cuartoscuro.com



ME AN...  
de segu...  
dejan es  
PAPAS POR  
VISITA 9  
ANTE...  
9...  
A...

CD. MANTE TAMPS. A 17 MARZO 20...



LE DOY GRACIAS A DIOS  
AL NIÑO JOSE FIDENCIO SINTO  
CONSTANTINO POR HABERME DADO  
EL ALIVIO DE UN GOLPE MUY FUERTE  
QUE ME DIERON EN LA CARA EN LA  
MANDIBULA FRACTURANDOME LA DE LA  
CUAL ME OPERARON Y SALI MUY BIEN.  
GRACIAS A MI NIÑO SANTO Y PODEROSO.

PIEDAD HERNANDEZ TORRES

los niños de los ho  
Gracias N:

REFRIGERATE  
TEMPERATURE

BIOHAZARD  
BAG